

IMÁGENES DE FRANCIA EN LA NOVELA PICARESCA ESPAÑOLA

M.^a PILAR MANERO SOROLLA

Del estudio de Carlos García, *La oposición y conjunción de los dos grandes luminares de la tierra. Obra apazible y curiosa en la qual se trata de la dichosa alianza de Francia y España: con la Antipatía de Españoles y Franceses*, publicado en París en 1617, como del más reciente de Miguel Herrero, *Ideas de los españoles del siglo XVII* (Madrid, 1966), dedicado en su capítulo XV a la visión de Francia en la literatura española, se obtiene un denominador común: la imagen negativa y paupérrima del también comúnmente llamado país vecino. Es, en parte, y de igual modo, la conclusión a la que asimismo llega Asensio Gutiérrez en su obra *La France et les Français dans la littérature espagnole 1598-1665* (Université de Saint-Étienne, 1977), estudio significativamente subtítulo: *Un aspect de la xénophobie en Espagne*, en un momento añadimos nosotros, de marcada política antiespañola por parte de la monarquía gala y en el que, junto a algunos pocos franceses finos que vienen a España a aprender modales,¹ la mayoría inmensa llega y permanece en ella con el objeto de hallar un *modus vivendi* en el ámbito de los oficios bajos: afiladores, cerrajeros, aguadores, castradores, titiriteros, buhoneros, peregrinos, mendigos y pordioseros.²

En fin, no hace falta recordar que nos movemos en una época (reinados de Felipe III y IV) en que, a pesar de la paz de Vervins, sellada en 1598, se suceden las hostilidades entre los dos países,³ inauguradas en el período imperial, jalonadas ahora por los visos de coexistencia pacífica propugnada por la política del duque de Lerma y posibilitada, en parte, por la regencia en Francia de María de

1. Asensio Gutiérrez, *op. cit.*, p. 46.

2. Véase, además, el estudio de Antonio Domínguez Ortiz, «Los extranjeros en la vida española durante el siglo XVII» en *Estudios de Historia social de España IV* (1960), pp. 293-426.

3. De lo que ya da cuenta Juan Quiñones de Benavente en *Tratado de contrariedades de España y Francia*, París, 1636.

Médicis, que fragua las bodas regias: la de la infanta española Ana de Austria con el joven rey Luis XIII, o la de Isabel de Borbón con Felipe de Habsburgo. Pero época, al cabo, en la que España es todavía lo suficientemente poderosa como para exportar la guerra fuera de su territorio ⁴ (salvo en el triste caso del levantamiento de Cataluña, hostigado precisamente por Richelieu en 1640), a la par que exageradamente rica como para seguir atrayendo a los extranjeros menesterosos en busca de fortuna o caridad,⁵ dentro de los límites de sus ya amenazadas y, de resultas de la independencia de Portugal (1640), modificadas fronteras.

* * *

Y bien, dentro de este universo de conflictos, traiciones, negociaciones y treguas, la novela picaresca española que, excepción hecha de *El Lazarillo* (1554), obra que la origina, fructifica en la primera mitad del siglo XVII (especialmente entre 1605 con la aparición de *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán y 1626, fecha de edición de *La vida del Buscón* de Francisco de Quevedo), ostenta una presencia de Francia y de lo francés en ella, como es natural que así sea por la proximidad geográfica y riqueza de las relaciones entre el país galo y el nuestro, relativamente destacado. Sin adquirir, eso sí, el papel principalísimo, constante y fundamental que protagoniza la propia patria, espacio siempre de origen en el itinerario del héroe de nuestra novela, o Italia, paraíso de pordioseros, mendigos y pícaros, además de emporio babilónico de la vida rufianesca, el tópicamente llamado país vecino, con Flandes y Portugal, se hallará a la zaga de los mencionados, tanto por el ámbito geográfico representado, como, especialmente, por número de personajes: la mayoría como es de suponer, secundarísimos.

Por otro lado, y para reforzar el vínculo de la interrelación y de la importancia de la mencionada presencia, a la par que el interés que el nuevo género creado por nuestros escritores despierta en círculos literarios galos, no estaría de más recordar que varios de los libros de pícaros que forman el *corpus* del género en el siglo XVII, se editan en Francia. Así, por ejemplo, *La Segunda Parte del Lazarillo*, publicada en París, concretamente en 1620, teniendo como autor a un predicador protestante, Juan de Luna, afincado en la ca-

4. Véase, al respecto, las interesantes apreciaciones de Bartolomé Bensaï, «Cuando la guerra está lejos, España territorio de paz» en *La España del Siglo de Oro*, Barcelona, 1983, pp. 63-73.

5. Véase el *op. cit.* de Asensio Gutiérrez, pp. 22 y ss. Pero, igualmente, los trabajos de Jean-Paul Gutton, *La société et les pauvres en Europe (XVI-XVIII^e siècle)*, París, 1971 y de José Antonio Maravall, «Pobres y pobreza del medioevo a la primera modernidad: para un estudio histórico social de la picaresca» *Cuadernos Hispanoamericanos* 367-368 (1981), pp. 189-242.

pital de Francia por motivos seguramente religiosos y autor que ciertos críticos como Ángel Valbuena Prat han venido presentando tradicionalmente como el iniciador de «una especial corriente de picaresca francesa, divertida e intrascendente, en la que habría que colocar libros españoles escritos más allá de los Pirineos como *La desordenada codicia de los bienes ajenos*, impreso en París en 1619 a nombre del doctor Carlos García o el entretenidísimo *Gregorio Guadaña* del emigrado Enríquez Gómez, verdaderos precedentes del tono mundano y ligero que caracterizará a Lesage en el siglo XVIII».⁶ O la propia *Vida y hechos de Estebanillo González*, que ve la luz en Bruselas, en ámbito francófono, dedicado a un público hispano-francés.⁷

* * *

Circunscritos, a partir de ahora, a los textos y, en ellos, abordando, en primer lugar, el punto de vista de lo geográfico, de la vida itinerante y del espacio recorrido, lugar común, por obligado, de toda novela picaresca y elemento consustancial en la estructura del género, Francia estará presente en pocos libros pero, de forma reiteradísima, en el último de los citados, la *Vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor*, como apostilla el autor en el subtítulo.⁸ Ahí, en un espacio recorrido superior al del propio *Guzmán de Alfarache*, que abarcará la Europa occidental toda, excluida Inglaterra, la peregrinación por tierras francesas se iniciará con desembarco en Saint-Malo, para seguir por Ruán, París, Lyon, Montélimar, Aviñón, Villafranca de Niza, Mónaco y, de ahí, a Génova, para volver, luego de una corta estancia en Italia de nuestro héroe, a la ubicación de nuevas peripecias en Borgoña y Alsacia, camino seguido hasta llegar a Alemania y Flandes.

El predominio de lo narrativo sobre lo descriptivo que se sopesa en la expresión de este «camino francés», no precisamente religioso ni edificante, determina la parquedad y la insignificancia de los datos facilitados en relación a estas imágenes, ejes importantes del itinerario de nuestro pícaro. Tampoco registramos en su presentación el consabido elogio-tópico habitual, que otras novelas picarescas reservan a las ciudades formantes del entramado de un recorrido rufianesco y esmerado *leit-motiv* de las ejemplares cervantinas.⁹

6. *La novela picaresca española*, Madrid, 1966, p. 13.

7. Para la presencia y repercusión de nuestra picaresca en tierras francesas, véase el estudio de Alexander A. Parker, «La tradición picaresca en Inglaterra y Francia» en *Los pícaros en la literatura*, Madrid, 1975, pp. 155-199. Asimismo, el cap. IV «Las experiencias francesas» de la obra de Didier Souiller, *La Novela Picaresca*, México, 1985.

8. Con edición solvente y reciente debida a Nicolas Spadaccini y Anthony N. Zahareas, Madrid, 1978, 2 vols., con selecta bibliografía.

Así, relatos intrascendentes, más en relación a la vida del hampa que a la auténtica imagen de una ciudad determinada, salpican la historia francesa de Estebanillo, con escasas y, además, fugaces descripciones.

Por ejemplo, Ruán, en donde, excepción a la regla general presente en la novela, encontramos una primera descripción-elogio, no exenta de ornamentación metafórica: «Llegué a Ruán —dice Estebanillo— cabeza de Normandía, a quien la caudalosa Sena, después de haber sido cinta de plata de la gran corte de París, es tahalí escarchado de esta rica y poderosa villa.»¹⁰ O París, con valoración contradictoria, ciudad a la que juzga como «confusa Babilonia, olvido del Gran Cairo y lauro de todo Orbe».¹¹

En el recorrido y en las vivencias, siempre a tono con los ambientes y personajes rufianescos, no faltarán las notas humorísticas surgidas de la contraposición de costumbres o las salpicaduras galicistas en la lengua de los personajes. A este propósito dice Estebanillo al dejar la villa de Aviñón: «Halle en un *villaje* un sargento que estaba levantando gente, el cual me preguntó que si quería ser soldado y servir al cristianísimo rey de Francia.»¹²

Asimismo, en otra ocasión, dirigiéndose más al norte: «Marchamos por el Delfinado haciendo *buena chera* (adaptación, sin duda, teniendo muy en cuenta el contexto, de la expresión francesa *faire bonne chère*, o sea, comer espléndidamente, más que de la italiana *fare buona cera*, es decir, poner buena cara o deparar buena acogida), y en cada tránsito —continúa nuestro pícaro— había avenidas de brindis al tenor de *A vous Monsieur de la Fortuna; A vous Monsieur de la Esperanza*». En fin, uso humorístico del francés al que tanto juego irónico sabrá sacarle Valle Inclán siglos después y del que se erige en suma maestra el habla madrileña.

Cuando Estebanillo deja Niza por Génova, aun declarando haber aprendido la lengua francesa, se sentirá aliviado excusando su práctica: «Enfadábame ya —dice todavía ubicado en Mónaco— de oír tanto *alón, alón*, sin haber alguno de gallinas ni de capones, y el gastarme todos el nombre con *Monsieur de la Alegría* acá, *Monsieur de la Alegría* allá y, sobre todo, estaba temeroso de ver que algunas veces que me había puesto como el arco del iris, cantaba en fino español, por lo cual dieron en tenerme por sospechoso y llamarme *espion*; que el hombre que llega a beber más de aquello

9. Véase, para el caso, Joseph L. Laurenti, «Impresiones y descripciones de las ciudades españolas del Siglo de Oro» *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo* XL (1964), pp. 309-326.

10. *La novela picaresca española*, cit., p. 1763.

11. *La novela picaresca española*, cit., p. 1764.

12. *La novela picaresca española*, cit., p. 1764.

que es menester, no solamente no guarda sus secretos, pero descubre los ajenos.»¹³

Se refiere, sin duda, Esteban González, hombre de buen humor, como él mismo se declara, con el *alón, alón*, al francés *allons, allons*, o sea, a *vamos, vamos*, pero con el consiguiente *equivoco*, desde la perspectiva de la lengua española, con las *alas* de aves, gallinas y capones, formando, así, una figura dialógica, muy del gusto de la retórica barroca en la que se encuadra la picaresca y que en su construcción no deja de recordarnos, como precedente, el famoso equivoco quevediano del *pío, pío* de *El Buscón* (dialogismo construido en este caso por la confusión que genera la palabra por su capacidad de referirse a un nombre frecuentemente ostentado por los pontífices romanos, a la vez que voz corriente con la que se llama a comer a las gallinas).

* * *

Si el itinerario francés de la picaresca española se ubica, preponderantemente, casi diría yo que en exclusiva, en la *Vida y hechos de Estebanillo González*, los franceses como personajes, ya sean buhoneros, ganapanes, rufianes o vagabundos pululan por varias obras.¹⁴ Sin embargo, ningún personaje tan célebre y contrapuesto al mundo rufanesco que la picaresca presenta como el famoso embajador francés de *El Guzmán de Alfarache*,¹⁵ que es, ante todo, y a mi modo de ver, más que un tipo representativo de francés, un modelo tópico de diplomático: discreto, compuesto, gentil, liberal, en la mejor acepción que la palabra tuvo en los Siglos de Oro. O sea, poseyendo las cualidades que un hombre de todos los tiempos necesita para ocupar semejante cargo; prototipo, por lo mismo, de embajador y muy distinto de los históricos embajadores franceses en España de los que nos habla Asensio Gutiérrez, los cuales ni podían ostentar grandeza, en todos los sentidos, ni, por otro lado, la sociedad madrileña (ya no la romana como en el caso de la novela de Mateo Alemán)¹⁶ los trató como grandes: «Les Espagnols ne pourront se défaire avant 1620 de l'image de l'ambassadeur misérable et

13. *Op. cit.*, p. 1765.

14. Aunque no referido expresamente a la novela picaresca, puede consultarse en este sentido la obra de Miguel Herrero García, *Oficios populares en la sociedad de Lope de Vega*, Madrid, 1977.

15. Véanse, al respecto, las buenas páginas que dedica al personaje Edmond Cros en el cap. titulado «Les types dans *Le Guzmán*» en su ya clásica obra *Protée et le Gueux. Recherches sur les origines et la nature picaresque dans Guzmán de Alfarache*, París, 1967, pp. 327 y ss.

16. Véase Venanzio Todisco, «Mateo Alemán e l'Italia» en *Memorie della R. Accademia di Scienze, Lettere, ed Arti di Padova*, Padua, 1943. Asimismo, el artículo de Juan Bautista Avallé Arce, «Mateo Alemán en Italia» *Revista de Filología Hispánica* VI (1944), pp. 284-285.

persécuté qu'avait été Monsieur de Vivonne qui, méprisé dès son arrivée, sans argent, paralizado por su pobreza desde que él debía efectuar alguna démarche, vivió de expedientes y suplicaba París de que le concediera su regreso. Su aflicción alcanzó de increíbles proporciones. Sus acreedores le traían, él no sabía más salir, de miedo de ser desmenuado. La justicia se ocupó de sus caballos, de su guardarropa, y como eso no bastaba para pagar sus deudas, él temía de ser arrojado en prisión. Él es víctima de una cuarentena oficial, varias veces renovada. Él le quitan el mueble de su casa pieza por pieza. Él maltrata a sus gente, él los golpea, él amenaza de que los ahorquen. Él les refusa de víveres, él quiere obligar a que se vayan ellos mismos a las provisiones [...]. Él tratará a sus sucesores de manera análoga, de lo menos hasta la llegada de Monsieur de Maine. Él imagina delante de este espectáculo ofrecido por el protector oficial de nuestros desafortunados franceses, el desdén que se abataba sobre nuestros labradores, nuestros portadores, nuestros zapateros, si se decidiera de que se tomara de ellos!»¹⁷

Pero ya advertimos, y creo reiteramos, que no todos los franceses serán embajadores en la novela picaresca. Alonso de Castillo Solórzano en *La niña de los embustes. Teresa de Manzanares, natural de Madrid* (Barcelona, 1632), nos habla de franceses buhoneros, vendedores ambulantes de chucherías y baratijas, que se surtían de otros comercios más fuertes de franceses establecidos en la corte, como atestigua un pasaje de texto del libro citado en el que se registra el nombre de *gabacho* como francés oriundo de Gascuña: «Éste —dice— era natural de Gascuña en Francia, a quien en nuestra España llamamos *gabachos*. Había sido ocupado en el oficio de buhonero, trayendo caja y vendiendo por la corte; proveíale su casa un francés rico, que tenía tienda de por junto, con el cual había ganado tanto crédito que le fió más de lo que fuera bien. Fingió el tal buhonero que le habían robado, con que quebró para con el francés que le proveía.»¹⁸

Y junto a los buhoneros y merceros, mendigos apicarados franceses en nuestra novela se hallan por doquier, que no en balde uno de los supuestos orígenes etimológicos de la palabra *picaro* sugerido por Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana o española* es la de *picard*, es decir, «habitantes de la Picardía, con frecuencia soldados de fortuna que, privados no pocas veces de alistamiento, vivían del vagabundeo, a salto de mata, pululando en torno a los peregrinajes a Compostela: de ahí el sentido peyorativo del término».¹⁹

17. *La France et les Français dans la littérature espagnole*, cit., p. 37.

18. *La novela picaresca española*, cit., p. 1348.

19. Alberto del Monte, *Itinerario de la novela picaresca española*, Barcelona, 1971, quien proporciona amplia bibliografía sobre el particular en páginas 164 y ss.

Por descontado, que no son los franceses los únicos mendigos, peregrinando o bribando por tierras españolas, flamencas o italianas, espacios reiterados de nuestra picaresca.²⁰ Pero, sin lugar a dudas, sí se constituyen en los más numerosos, como los más numerosos fueron en la realidad histórica de la España del siglo XVII. De tal manera que ya Fernández Navarrete en sus *Conversaciones de Monarquías* (Madrid, 1625), exponía al rey Felipe IV, en 1625, que había venido a España «toda la inmundicia de Europa, sin que haya quedado en Francia, Alemania y Flandes, cojo, manco, tullido ni ciego que no se haya venido a Castilla a mendigar».²¹ Otro tanto podrían argüir, a mi parecer, las ricas, prósperas y dadivosas ciudades italianas, sobre todo Roma, como atestigua Mateo Alemán en su *Guzmán de Alfarache* y en múltiples ocasiones.

En fin, el francés en la picaresca es, ante todo, un grandísimo truhán, a la par que un solemne menesteroso. *Estebanillo González*, por ejemplo, novela ya citada desde el punto de vista del espacio geográfico, presenta a dos franceses, entre otros rufianes de distintas nacionalidades, como acompañantes y cómplices del pícaro protagonista, el último de los cuales, un mozuelo que andaba bribando por todo el reino, «era uno de los más taimados y diestros en aquel oficio», entiéndase el oficio de mendigar, lo cual, al parecer, hacían los franceses desnudos: «Llegamos cerca de Évora, ciudad, en tiempos que hacía muy grandes fríos, y antes de entrar en ella se desnudó mi Juan Francés un razonable vestido que llevaba, y quedándose en carnes, abrió una talega de motilón mercenario, sacó de ella una camisa hecha pedazos, la cual se puso, y un joboncillo blanco con dos mil aberturas y banderolas y un calzón blanco con ventanaje de alcázar, con variedad de remiendos y diferencias de colores, y entalegando sus despojos, quedó como Juan Paulín en la playa, entrándose de aquella suerte en la ciudad».²²

Tal procedimiento, por lo demás, lo veremos corroborado en otros autores y obras picarescas como *Periquillo el de las gallinas*

20. En este sentido, aparte del ya cit. estudio de Edmond Cross, resultan muy esclarecedores los de Michel Cavillac, tanto la «Introducción» a *Discursos del amparo de los legítimos pobres y reducción de los fingidos y de la fundación y principio de los albergues destos reynos y amparo de la milicia dellos* de Cristóbal Pérez de Herrera (Madrid, Luis Sánchez, 1598), editado modernamente en Madrid, 1976; como su fundamental obra *Gueux et marchands dans le Guzmán de Alfarache (1599-1604). Roman picaresque et mentalité bourgeoise dans l'Espagne du Siècle d'Or*, Burdeos, 1983. Asimismo resulta sugerente el artículo de Charles Aubrun, «La gueuserie aux XVI^e et XVII^e siècles en Espagne et le roman picaresque» en *Littérature et Société*, Bruselas, 1967.

21. Cit. por Miguel Herrero García, *op. cit.*, p. 393.

22. *La novela picaresca española*, cit., p. 1752. Sobre la picaresca en torno a la falsa mendicidad, véase el libro de E. von Kraemer, *Le type du faux mendiant dans les littératures romanes depuis le Moyen Age jusqu'au XVII^e siècle*, Helsinki, 1944.

de Francisco Santos: «Pero la nación francesa. ¡Oh codicia del mundo! sin hablar mi lengua, desde la Picardía hasta la Gascuña, miserables sobre todos los nacidos, el ánimo abatido, las manos cruzadas a la gabacha, notable poquedad; ser esclavos, por el mísero sustento, de cuantas naciones hay en el mundo; siempre aplicados a viles ejercicios, alquilarse por vil interés, andar desnudos»,²³ aunque revestidos, eso sí, y como comprobamos a través del mismo ejemplo, de otras prendas como la codicia y la vileza.

Conocemos, además, el modo de pedir de estos franceses. De ello nos da cuenta Mateo Alemán en su *Guzmán de Alfarache*: «los franceses piden rezando —dice— y lloran cuando piden».²⁴ Lo que asimismo reitera Francisco Santos en su *Periquillo*,²⁵ por lo cual deducimos que debió de ser cierto.

Alonso de Salas Barbadillo en *La hija de la Celestina* (Zaragoza, 1612), añadirá a toda esta retahíla de vicios la propensión del francés al estado de embriaguez, peculiaridad tan conocida que se llega, por ahí, a que su nombre, Pierres, pase a ser sinónimo de borracho.²⁶ Mientras otros autores, como el propio Mateo Alemán, lo hará farragoso e infiel.²⁷

C. García en *La oposición y conjunción de los dos grandes luminares de la tierra*, obra ya citada, pintará al francés como hombre superficial ¡y no solamente en amores! (lo cual se constituye en el gran tópico desde la perspectiva ¿de profundidad? de varios de los países europeos), sino, también, en lo referente al intelecto: «El entendimiento de los franceses —dice— tiene la aprehensión muy viva y con grandísima facilidad penetra la dificultad que se le propone; pero no pasa de allí ni entra en otros discursos más profundos, los cuales se siguen de la dicha dificultad.»²⁸

* * *

En fin, otros ejemplos podríamos aducir y más extendernos en esta visión de Francia que nos ofrece la novela picaresca, visión desencantada y negativa, como negativo es casi siempre el juicio que pronuncia el pícaro anti-héroe, emisor del relato, de aquello que describe, cuenta y sopesa.

La imagen de Francia, queda, pues, aquí sujeta y determinada, primero a la reducción que el género picaresco realiza en su visión del mundo, de la vida y de la sociedad, muy sensiblemente volcado a un espacio ideológico regido por la determinante de marginación

23. *La novela picaresca española*, cit., p. 1913.

24. *Op. cit.*, p. 348.

25. *Op. cit.*, p. 1913.

26. *Op. cit.*, p. 901.

27. *Op. cit.*, p. 581.

28. *Op. cit.*, p. 408.

de muchos de sus autores y por las leyes geneológicas del propio sistema literario creado, muy dado a moverse a gusto en lugares de bajos fondos y entre grupos rufianescos, y ello, en relación a cualquier nación y nacionalidad.

En segundo lugar, esta misma imagen, terriblemente estereotipada y, por ello mismo, esquemática y empobrecida (y aquí recuerdo a Daniel-Henri Pageaux y sus lecciones sobre imágenes y sistemas),²⁹ aparece prendida y potenciada por la tónica al uso en el enjuiciamiento de un país representado, además, y mayormente, por un grupo no precisamente selecto.

Así, y en definitiva, la imagen de Francia no difiere grandemente de la visión, en general mezquina, que de otros pueblos y de sus gentes, aun de la propia España y de los españoles, nos proporciona la novela picaresca en su balance negativo del mundo, de la vida y de los hombres, pudiendo establecerse la diferencia en el caso francés por los matices y las variedades apuntadas, dentro de una plataforma de enjuiciamiento que es, ya por principio, de base degradante, más que neutralmente realista.

Cabe sí, dentro de esta tónica y aun para Francia, país que se nos perfila como no particularmente mimado por los autores que integran el género picaresco en nuestras letras, señalar alguna excepción a la regla general. Por ejemplo, la que nos proporciona el propio Mateo Alemán, que si en la figura del embajador de su *Guzmán de Alfarache* ejemplificamos la aparición de un caso inusitado de francés digno y de clase elevada, también en su misma dilatada novela, y entre otros muchos juicios, elogiará a Francia por boca de Guzmanillo: «Realmente —dice el pícaro, hallándose todavía en Roma, en casa del mencionado diplomático galo— yo quisiera pasar a Francia por las grandezas y majestad que siempre oí de aquel reino y mucho mayores de su rey.»³⁰

29. Tanto en «Une perspective d'études en littérature comparée» *Synthesis* VII (1981), pp. 169-183, como en «L'imagerie culturelle: de la littérature comparée à l'anthropologie culturelle» *Synthesis* X (1983), pp. 79-88.

30. *La novela picaresca española*, cit., p. 425.

